

ISAAC DEL VANDO-VILLAR

en siete colores

Prólogo para el libro "LA SOMBRILLA JAPONESA"

Quiero exponer en imágenes recortadas, en imágenes portátiles que hubiesen sido sugeridas como para gesticular en un teatrillo de papel, mi sincera opinión extricta sobre la fórmula estética — ¿fórmula de pintar sobre la porcelana? — con que Isaac del Vando-Villar con ese frenesí de imágenes que corre de Apollinaire a Giraudoux, ha sabido macerar los colores en estos poemas.

SQUERZO DE PLUMAS PINTADAS

El ultraísmo ha sido para Isaac como las anillas de níquel para el juego vistoso de los loros.

ARTE POETICA

Escribir dejando el color en los contornos de las imágenes como si se escribiera con pinceles. He aquí la síntesis de su estética.

LA PALABRA QUE TRAJÓ ISAAC DE LA JOVEN AMERICA

Aquella noche había descubierto Isaac su isla de arte — su isla de arte y de aislamiento — en una palabra ecuatorial: Jácara-jicara, e contemplaba desde allí, absorto, vivaqueando entre el enjambre silvestre de los vientos, como un nuevo Robinsón, el silencioso chisporroteo sideral de las juderías azules del cielo estrellado, de esas fiendecitas de indochinos que se abren, fácilmente, en la Vía Láctea.

Jácara-jicara — dijo Isaac — es una palabra en la que el acento va rebofando sobre el archipiélago de sus sílabas.

JARDINES DE NIKKO

La arquitectura de puentecillo rústico de un verso, se reflejaba — invertida su imagen — sobre el claro fondo oscuro de aquel poema, y, de pronto, cayeron sombras chinas en el agua, cuando la voz de Isaac lo recorrió — recitado nocturno — iluminándolo súbitamente; voz de mandarín que caminaba rodeado de los farolillos encendidos de uno-haikais.

LAS ROSAS DE ALMIDON

Página a página, por entre las bandejas azucaradas de estos poemas — bandejas que hubiera ofrecido, orgulloso, un Gran Visir para el banquete de Simbad el Marino — va saboreando nuestro paladar las calidades voluptuosas de unas almibaradas compotas de metáforas, y, al final de cada poema delicioso, sobre el alambre de sílabas doradas de un fino verso último, se columpian, en un lento temblor lírico, recortadas en pétalos pintados, las recamadas rosas de almidón de sus imágenes oscilantes.

ISAAC Y LAS TACITAS DE PORCELANA DE SUS HAIKAIS

Nada más que tres versos — los tres versos que, como tres finos dedos japoneses, se ciñen a la porcelana pintada del haikai — son los que bastan para levantar en el aire

negligentemente, la lírica tacita de este poema en miniatura, hasta acercarla a nuestros labios con delectación espiritual, entre las confituras de una plática sabrosa y el humo aromatizado de sus imágenes Nada más que tres versos . .

LAS DIEZ Y SIETE SILABAS, LAS DIEZ Y SIETE TEMPERATURAS DE COLOR DEL HAIKAI

He aquí el arte, he aquí la estética del haikai. Poesía en miniatura, poesía japonesa, con cuya técnica podríamos pintar el Fusí-yama — el volcán sagrado del Japón — sobre la diminuta y sonrosada uña de una musmé. Así una uña de mujer que hubiese sido decorada por Hokusai . .

PECERAS DE CRISTAL CON PECES DE ORO

La transparentada claridad sutil que fluye a raudales — oreada y renovada — por estas páginas — luz de agua de acuario, en su fondo, que corre por entre cristales diáfanos — no es otra que la luz de la trasverberación íntegra del libro — pecera mágica de poemas brillantes (de pececitos de oro) — sobre y contra el movimiento y reflejo de sus poemas. Sus poemas son — ya lo hemos dicho — pececitos de escamas de oro, quietos y en movimiento, en nervioso equilibrio inestable — perdido y renovado — que están sostenidos entre las paralelas de agua y entre las anillas de burbujas — burbujas de sílabas, paralelas de imágenes — de sus versos.

EQUILIBRISTAS JAPONESAS

Se inauguraron, en la misma noche — prodigiosa feria de Neuilly — todos los circos ecuestres de estas páginas, y, sobre las pistas iluminadas de sus poemas, las imágenes funámbulas, las imágenes equilibristas, abrieron, simultáneamente, sus sombrillitas japonesas y se deslizaron con extremada agilidad por los alambres, de ritmos balanceantes, de los versos.

NOCHE DE BALLET RUSSO

Después de cada lectura de estelíb ro, cuando se corren lentamente las cortinas de sus páginas, cuando se apagan los juegos de luces — ¿los juegos de agua? de sus imágenes y se esfuman, en la oscuridad, los colores de sus versos — bambalinas, de sus versos — bastidores, y de sus versos — telones de fondo (colores a lo Picasso); después de cada lectura de este libro — ya en penumbras la sala — apagado el antepalco de cada poema, es cuando nos imaginamos a Isaac — autor de la música, del decorado y de la coreografía de cada ballet — finada la representación de la Sombrilla Japonesa, recorriendo galantemente los camerinos de los artistas, smoking, monóculo, guantes blancos, y ocho reflejos — besando las manos de la Tchernicheva, flirteando con la Lopokova, felicitando a Nijinsky . . (Mientras tanto, la Tchernicheva se apelotonaba imaginativamente dentro del rompecabezas de colores de un nuevo ballet ruso que él estaba componiendo . .).

ULTIMAS IMAGENES, ÚLTIMAS PALABRAS . . .

Cada color ha pasado por su puentecillo rústico, cada imagen ha encendido su farolillo de papel de seda, cada viento ha desdoblado una casa, ha desdoblado una imagen, ha desdoblado otro viento . .

Así, pues, entre las manos de Isaac del Vando Villar — intrépido Blondín del Ultra — se ha desdoblado este libro — se ha abierto esta Sombrilla Japonesa — para ser llevado en alto, triunfalmente, sobre los balanceantes alambres dorados — meridianos de imágenes del Arte Nuevo — que han sido tendidos por él, con el ímpetu de su juvenil esfuerzo lírico, entre dos continentes: Europa y América.

ADRIANO DEL VALLE

